ISSN 1918-087X

The Apostles Review

NARRATIVA, ENSAYO Y POESÍA HISPANOCANADIENSE

Número 13 – Invierno 2013/14

BELU – CREIMER – DE ELÍA – ETCHEVERRY – HAZELTON
HERNÁNDEZ GONZÁLEZ – MOLINA LORA – MOTA BERRIOZÁBAL
SALINAS – SARAVIA – SEPÚLVEDA – TORRES RECINOS
URBANYI – PINO ROBLES – WILHELM

Apostles Review / Invierno 2013/14
ISSN 1918-087X (version imprimée)
ISSN 1918-0888 (version en ligne)
ISBN 978-0-9881031-5-3
Dépôt légal : 1er trimestre 2014
Bibliothèque nationale du Québec
Bibliothèque et archives du Canada

Sur Internet: http://www.apostlesreview.org/
Mot de passe pour accéder aux textes: **judas**
Notre courriel: apostlesreview@gmail.com

Éditeur : Diego Creimer
Révision : Flavia García
Impression : Janvier 2014 / Imprime-Emploi, Montréal, Québec, Canada
150 exemplaires

Apostles Review est une création collective qui publie des nouvelles, des essais et des poèmes en espagnol, français et anglais. Chaque auteur publié dans cette revue, au Canada comme à l'étranger, possède la totalité des droits sur ses œuvres.

© Apostles Review 2014
Tous droits de traduction, de reproduction et d'adaptation réservés.

Impreso en Canadá – Imprimé au Canada – Printed in Canada

SALVANDO LAS DISTANCIAS

The Apostles Review

En Papel Montreal número 13 – Verano 2013/14

Décimo tercer prólogo en disenso 5
Marginalia / Apostles Review en Internet 33

CUENTO

Luis Molina Lora *Deus Ex Machina* 8
Alejandro Saravia *El sol de medianoche* 10
Pablo Salinas *Quatchi, Sumi…and Miga* 14
Ramón de Elía *Dios esperaba más de mí (y yo de Él)* 18
Pablo Urbanyi *La partícula de Dios* 22
Rodolfo Pino-Robles *Dios: ¿será?* 24
Diego Creimer *Los remitentes* 31

NOVELA

Gabriela Etcheverry *La primera pieza (extracto)* 25

POESÍA

Ramón Sepúlveda *Si Dios no dispone otra cosa* 7
Françoise Belu *Apostat* 9
Odin 13
Hugh Hazelton *Runkuranqay* 21
Sin título 24
Julio Torres-Recinos *Ciudades que dan al mar* 27
Ángel Mota Berriozábal *Tientos* 28
Ihosvany Hernández González *Elemental predilección* 30

ARTE

Poli Wilhelm *Apiñados* tapa

Director RAMÓN DE ELÍA
Editor delegado DIEGO CREIMER
Editor asistente SANTO TOMÁS

Décimo tercer prólogo en disenso

Tenía trece años cuando vi por primera vez *Aguirre, la ira de Dios* y diecisiete cuando descubrí *El séptimo sello*. La idea de Dios y el miedo fundamental a la mortalidad y a la nada me habitaban desde el fin de mi infancia y se alimentaban con estos relatos. Mi idea de Dios se construía, como en el caso de millones de personas desde la edad de piedra, alrededor del miedo.

Hay dos entradas al universo religioso: la educación (temprana) que nos prodigan nuestros padres y las escuelas, que bien podría llamarse adoctrinamiento, y el miedo que nos envía, desde el otro extremo de la vida, la muerte. Para algunos pocos, hay una tercera entrada, que es la fe genuina y espontánea. Y para otros extravagantes de genio singular están las puertas engañosas de la filosofía, que puede llegar a servir de prueba cuasi-científica de la existencia de Dios.

Y finalmente estamos quienes no tenemos puertas: los ateos, que curiosamente disfrutamos (y mucho) discurrir sobre estos temas.

Este número está dedicado a Dios, con toda la complejidad, sentido, contradicciones y humor que un puñado de escritores ha querido darle. Cabe imaginar que los autores de estos cuentos y poemas suscriben a las categorías mencionadas, y quizá a más de una a la vez, o sucesivamente. A ustedes, lectores categoriales también, les cabe juzgar e imaginar sus intenciones.

Algunos creerán que la elección del eje central de este número estuvo motivada por el debate sobre los signos y los acomodamientos religiosos en Quebec. Nada de eso: el tema fue escogido mucho antes de que el polémico proyecto de ley tomara estado público. No vamos a negar que el clima es oportuno, pero nosotros no lo buscamos. El azar lo puso allí.

En una revista que lleva un nombre semánticamente "pesado" desde el punto de vista religioso, con un título de sesgo católico y con páginas pobladas de judíos, ateos, animistas y otros rubros, hablar sobre Dios no es algo banal pero tiene algo de casual: el origen del nombre *Apostles Review* tiene más que ver con la historia de la dictadura argentina que con consideraciones de orden bíblico.

Como editor de este número, sólo diré que el milagro de que esta publicación siga existiendo podría ser una indicación de la existencia del Supremo.

Buena lectura.

Diego Creimer
Enero de 2014

SI DIOS NO DISPONE OTRA COSA

por Ramón Sepúlveda

10 Haikú

Si Dios existe
es casi seguro
que no soy yo

Jorge Etcheverry, *Textbook*

Habían llegado las almas al purgatorio

Helena, Juan, Paredes, Lucho
y todas las otras que pululaban
en los recitales, peñas y lecturas
de los años fecundos

las hicieron pasar
a una sala, en realidad un teatro
se sentaron de corrido
sin dejar hueco

las luces bañaron el estrado
y el animador oculto
en voice off, anunció:

"Señoras, señores, con ustedes: Dios"

Y con un redoble de tambores
cacofónico
apareció Etcheverry
con paso de tortuga
y el espinazo semi curvo

miró al público y dijo,
medio mirando de soslayo:

"Qué se yo, aquí estamos
y como ya se había adelantado
Dios existe
y soy yo"

DEUS EX MACHINA

por Luis Molina Lora

El padre Alberto se había caracterizado por ser el guía espiritual más seductor y efectivo del colegio. Era un hecho inobjetable dadas las respuestas a sus convocatorias, a las reuniones de padres, madres y tutores con más alto índice de asistencia entre los veintidós salones en más de sesenta años de historia. El padre Alberto, además de buen profesor, era un líder nato que sabía como conducir al equipo de ciencias y matemáticas a las competencias nacionales, previas eliminatorias locales. Ir a Bogotá, a Medellín o a la Costa ya era un triunfo porque significaba la representación del departamento en el certamen educativo más importante de la nación. El padre Alberto era poco más que un héroe, había logrado poner un humilde colegio de curas en el panteón de las mejores instituciones educativas del país con un proyecto sobre la falla Cali- Patía y su impacto en las construcciones de mediados de siglo con sismo resistencia nula.

Por todas las bondades que brillan en el padre Alberto algunos estudiantes habían logrado transformar de manera significativa sus hábitos de estudio, ya sea porque empezaron a considerar que las matemáticas eran extraordinariamente encantadoras o porque se esforzaban hasta el delirio para no defraudar a ese pequeño Zeus terrenal que sabía inculcar responsabilidad entre los pupilos. El padre Alberto pocas veces solía vérsele solo durante los descansos porque un enjambre de adolescentes se arremolinaba en torno a sus uno ochenta centímetros, ojos verdes y cabello castaño claro. Y él lo sabía, por supuesto; los traía hechizados.

Secretamente, algunos estudiantes, chicos y chicas, iniciaban las exploraciones genitales propias de la edad recurriendo al faro más cercano, a la imagen olímpica del padre Alberto tanto como a los artistas sex simbol en boga o al compañero más atractivo del colegio. De alguna manera que no ha sido posible desentrañar, el padre Alberto se las había arreglado para enterarse de esas nimiedades que hacen parte de la vida secreta de los seres humanos cuando despiertan al mundo y lo hacen temblar de feromonas, testosterona, olores e impulsos irracionales.

Gabriela había llegado del cielo hacia dos años, pero solo hasta el semestre pasado había decidido entrar al equipo de ciencias. No era la primera vez que ella veía un pene. Se pasó seis años viendo a su hermanito correr y dar saltitos mortales con el churumbel al aire antes o después de la ducha diaria. Lo que sí veía por primera vez, sin embargo, era un bálano inflamado, rojo purpureo coronando la entrepierna del padre Alberto. «Tócalo», suplicó él. Gabriela no solía decir no a las recomendaciones o exigencias del mentor, y aunque la solicitud la tomó por sorpresa, algo en alguna parte le decía que era una afortunada, una suerte de elegida. Fue por eso quizá que no esperó a que se repitiera el pedido para aprisionar con timidez la base del sexo del sacerdote. Le gustó la sensación de sentir aquel globo luminoso y palpitante a punto de explotar. «Está caliente», dijo ella. El padre Alberto se las había arreglado para encarrilar a la joven a un camino sin salida. Primero organizó sesiones especiales de estudio y luego, en vísperas de la próxima competición, se ofreció para tutorías privadas.

Los padres de Gabriela se sentían satisfechos de que asistiera a cursos extras sin

tener que incurrir en gastos. La madre casi se sintió orgullosa de que su hija hubiera sido favorecida por ese ángel en la tierra para inocular no sólo conocimiento evangélico, sino también científico. Gabriela por su lado, sabía que lo que el padre Alberto pretendía hacer no era del todo correcto, así que se repuso del hechizo y soltó la serpiente furiosa. «¡Cógelo!» volvió a decir. «Si mi mamá se entera, me mata a mí, y a usted lo desuella». «Pues, entonces que sea un secreto entre tú y yo. ¡Chúpalo!»

La pequeña Gabriela se sentó en la silla con rodantes en la esquina del mismo salón donde el padre Alberto solía explicar a sus pupilos los misterios geológicos y las ciencias matemáticas que los configuran. Sentada allá abajo, sin atreverse todavía a responder las solicitudes de felación, Gabriela había visto detrás, sobre la cabeza del mentor un ángel blanco marmoleo con las alas desplegadas metido en el hoyo de la pared. Alcanzó a leer aquello como una señal divina que la instaba de una vez por todas a tragarse la punta rebosante del cura. Gabriela abrió la boca y reacomodó la estaca en la mano sin mirarla. Esta fracción de tiempo: la boca¬ abierta, la mirada piadosa, suplicante casi, era el verdadero aliciente de una sexualidad extraviada; la intensidad de los detalles obligaron al hombre a entregarse al techo alto, estirando en convexo el plexo solar. Y fue quizá por ello o por la gracia divina que ninguno de los dos sintió la sacudida de 6,4 grados en la escala de Richter, y que según se conociera después desplazó tres centímetros la corteza continental. Y quiso la misma gracia celestial que el arcángel de piedra se desprendiera y se dejara caer hasta que una de las alas se incrustara en la frente templada y en éxtasis de Zeus, el padre de los dioses y los hombres. —

APOSTAT

par Françoise Belu

Debout face aux autels de toute religion
apostat des abysses où erre Léviathan
bouche ouverte vorace dans laquelle les prêtres
jettent les opposants

incrédule attitrée je hais leurs dieux factices
et leur lance des pierres emballées dans des mots
en vacillant d'effroi face au dernier carnage

eux se lavent les mains dans le sang des victimes
amis et ennemis enfin méconnaissables
bravo les kamikazes

les hommes médusés regardent sans ciller
le monde qui rétrograde
et les statues de sel fondent dans l'inconscience
sous l'averse mortelle.

EL SOL DE MEDIANOCHE

por Alejandro Saravia

Afuera es de noche, pero aquí, bajo la bóveda fotovoltaica que cubre nuestra ciudad, Nueva Foresta, brilla en lo alto un sol glauco de mediodía. Uno puede ver su luz sin lastimarse la retina y sentir en el cuerpo un calor que es más bien uniforme, permanente, sin excesos. No es como aquel otro antiguo sol descrito en los archivos digitales, en las imágenes de una luz iridiscente entre el cielo y la tierra, aquel de las intempestivas llamaradas solares que podían quemarle a uno la piel, sobre todo si se iba a la playa. La playa.

Sentado en el banco en una pequeña plaza de arboles de poca altura, todos idénticos, uno puede escuchar el rumor constante de la gente conversando o escuchando sus videófonos, o ver a los empleados de las granjas hidropónicas, vestidos de blanco, entrando y saliendo de los altos edificios de donde cuelgan toda clase de vegetales, casi todos comestibles, otros diseñados para extraer textiles o materiales de construcción.

Pasan con un silencio eléctrico los transportes, llevando materiales de construcción, de reciclaje o repartiendo las raciones semanales de proteína, agua, e inclusive las porciones de carne cultivadas en pequeñas cajas de plástico transparente. Ahora nos informan que se puede hacer crecer un asado del tamaño deseado ya que es posible obtener los nutrientes para llevar a cabo ese tipo de cultivo en casa.

Sé que al exterior de Nueva Foresta es más bien de noche. Si viviéramos en ese mundo a esta hora estaríamos durmiendo, pero creo que ya nadie vive fuera de las ciudades nuevas. Es humanamente imposible.

Afuera, de día, mientras que para nosotros es de noche, las temperaturas suben hasta los 460 grados y los vientos llegan a los 350 kilómetros por hora. Según mis cálculos, bien podríamos estar viviendo en Venus, pero estamos aquí, en Nueva Foresta, construida hace unos 186 años en lo que antiguamente se conocía como la ciudad de Iquitos, en la región del Amazonas. Son cada vez menos los que saben que en este lugar existió alguna vez uno de los ríos más grandes del planeta. Las sondas que continuamente son enviadas a explorar el clima exterior nos envían las imágenes borrosas de un inmenso cañón de piedras y ceniza por donde alguna vez corrió ese mítico río.

Si esta comunidad existe, dicen las autoridades de la Regencia, es gracias a los constantes avances en el desarrollo de las células fotovoltaicas, que son capaces de absorber todo el calor del exterior y convertirlo en energía para abastecer nuestras necesidades y alimentar nuestro propio sol. Durante el día exterior las células sirven para bloquear el paso de los violentos rayos solares y las radiaciones, creando para nosotros nuestra noche artificial. A veces les digo a los mayores que vivimos como vampiros, durmiendo de día, despiertos de noche. Me miran y luego ríen educadamente. Ellos no lo

entienden o piensan que estoy perdiendo tiempo y recursos mientras voy leyendo las historias antiguas, viendo las imágenes guardadas en los archivos.

Ayer un regente de la ciudad vino a casa y me dijo en voz baja y con una sonrisa que parecía cansada: "Mario Shelley, mañana usted será padre". Observé el movimiento de sus labios. Pude oír de nuevo la grabación del canto de los pájaros saliendo por los altavoces mimetizados. No supe qué decir.

Al principio no entendí. Por alguna razón pensé en Dios, en un inmenso ceibo, en un monolito de piedra negra girando en el espacio. El regente continuó hablando. "Podría habérselo dicho por videófono, pero prefiero decírselo personalmente. Será un suceso notable".

No se me ocurrió decir "no". Nadie dice no a las instrucciones de la Regencia. Es por el bien de la ciudad. Pero quizá debí decir no.

En Nueva Foresta, al nacer todo niño es sometido a la ablación indolora de los canales que permiten la reproducción. El antiguo proceso de gestación humana de nueve meses en el vientre de una mujer fue abandonado hace ya muchas generaciones debido a los costos en recursos materiales y bioenergéticos. Fue así que la Regencia optó por el método de la selección y crecimiento de infantes en laboratorios especializados, a partir de células madre debidamente escogidas y mejoradas.

Por ley, ciudades como Nueva Foresta no pueden tener más de diez mil habitantes. Somos siempre diez mil. Y hasta hace poco, los niños nacían a partir de las células madre extraídas de los ciudadanos más destacados en la física, la química, las matemáticas, la biología. Y uno de cada cien niños nacía de genitores que se destacaron por sus artes. Sé que de una pianista llamada Isabel tomaron dos células madre. Del aedo Leonard sólo una. Alguna vez pregunté por qué se optaba por derrochar recursos bioenergéticos en un ser que no aportará nada a la ciudad. Alguien dijo: "No son útiles pero se los necesita. Es que pueden imaginar. Y a veces eso sirve."

"Seré padre", me dije. Seguramente tenía dibujado en el rostro la mayor incredulidad del mundo al escuchar esas palabras y fue por eso que el regente tomó una silla en mi pequeña unidad y se sentó frente a mi. Le ofrecí un vaso de agua y él tomó el tiempo necesario para explicarme la razón de tan extraña orden.

Según sus palabras, algo estaba ocurriendo en la ciudad. Algo parecido a una parcela de tierra que pese a todos los abonos y fertilizantes, ya no quiere dar más cosechas. Así que con el propósito de reforzar la cohesión de la población en Nueva Foresta, la Regencia había determinado que cinco de cada cien gestaciones serían efectuadas a partir de la fecha a la usanza tradicional, es decir, de acuerdo a la antigua práctica de la unión biológica entre una mujer y un hombre para llevar a cabo el intercambio físico de información genética. De este modo se esperaba que los autores del infante quizá podrían recuperar y demostrar a los demás miembros de la ciudad las formas y expresiones casi olvidadas de la interacción y codependencia familiar. Lo que la Regencia quería era restablecer los lazos afectivos a la manera de una familia tradicional.

Lo que notaban las autoridades era una creciente alienación, un mayor aislamiento entre los habitantes de Nueva Foresta. Lo que temían era que si esa tendencia colectiva a la soledad no era contenida, a largo plazo peligraría la arquitectura social y la existencia misma de la ciudad debido a que sus habitantes habrían perdido todo interés en el contacto humano, en las relaciones afectivas necesarias para desarrollar una práctica de colaboración y reciprocidad colectiva. "Aunque existimos bajo un mismo domo fotovoltaico, estamos cada vez más solos", murmuró el regente.

Me pregunté en ese instante a quién se le ocurrió cambiar el método de reproducción humana. Si fue idea de los regentes o fue Gea, la supercomputadora cuántica que controla los ciclos de las células fotovoltaicas, las composiciones químicas de los fertilizantes hidropónicos, el uso de la radiación solar para la purificación del agua, para el reciclaje de los deshechos humanos y la rotación de las matrices de energía que alimentan la ciudad.

"Seré padre".

De mi propio padre, es decir, del que dio una de las células en mi origen, sé poco. Era botanista. Un día salió de su laboratorio y no volvió más. Unos dicen que se llevó equipos de supervivencia y se fue a vivir al exterior de la bóveda. Otros dicen que murió incinerado en una expedición que partió hacia las ruinas de Iquitos. También dicen que se suicidó. Qué importa. A fin de cuentas, yo sólo soy una célula de la totalidad que él fue alguna vez.

¿Por qué decidieron que yo me convierta en el padre de un niño? ¿Porque fui el único que quiso saber más sobre el genitor de mi célula original? ¿Porque leo historias antiguas y sé lo que Telémaco sentía ante la ausencia de su padre? ¿Porque lloré de noche, y esto lo registró el videófono, cuando extrañamente pude sentir la angustia del hijo que no conoció a su padre y que lo busca siempre? ¿Porque por años inventé pequeñas colecciones de hojas que yo mismo confeccionaba, imaginándolas caídas de árboles que ya no existen, como si fueran aquellas hojas que mi padre buscaba con tanto anhelo?

Me dijeron que se llama Sara, que tiene la misma edad que yo. Es bióloga y en su infancia solía tocar al piano algunas composiciones de Chopin. Creo haberla escuchado alguna vez. También fui informado de que las funcionalidades de nuestras respectivas gónadas serán reconectadas poco antes del acoplamiento, que se llevará a cabo dentro de tres horas.

Todo esto me parece tan extraño. Como pisar por primera vez la superficie de otro planeta, o sentir los pies desnudos caminando por una playa. Nuestros pies sintiendo las aguas frescas de un río que ya no existe.

No soy ingenuo. Sé lo que se espera de nuestra interacción y conozco gracias a mis lecturas la mecánica del acto de procreación. No me sorprenderá del todo su ejecución.

Es todavía el mediodía. Aún quedan tres horas antes de acoplarme con Sara y crear juntos un nuevo ser humano. Lo que me impide respirar, lo que me nubla los ojos y me seca la garganta es eso, el hecho de poder crear un hijo, o por lo menos de participar en

el acto físico de su procreación. ¿Por qué me conmueve tanto? No lo sé.

Quizá porque, en secreto, todos buscamos un padre. Queremos una historia, saber de dónde venimos, qué fue lo que hicieron nuestros progenitores o cómo fue que un día se convirtieron en nuestros padres. Una sola célula no es suficiente para tantas repuestas.

Quizá me conmueve, y por eso estoy aquí, solo con mis ideas en un parque y lejos de un videófono, es que tal vez ésta sea la única oportunidad para poder encontrar algo de mi propio padre.

De alguna forma, y por muy remota que ésta sea, él estará en la mano mía que guiará los primeros pasos de ese nuevo ser humano. Miraré mi mano, mis dedos tomando la diminuta mano de lo que será un hijo, una hija. Y al contacto de esas dos manos podré tocar aquello que nunca he sentido: la mano de mi padre llevándome por un camino.

Y cuando crezca ese niño, ¿qué le diré de Iquitos?, ¿qué le diré cuando me pregunte sobre el río Amazonas?

Washington, julio de 2013.

ODIN

par Françoise Belu

Les pleureuses ont mis les voiles
elles n'ont plus de larmes à donner
trop des leurs ont été tués
dans des embuscades assassines
tirs de mortier kalachnikovs
les snipers sont occupés

la Parque fait ses provisions
la Camarde qui l'accompagne
fatiguée s'appuie sur sa faux
la terre tourne l'inlassable
mange les cadavres qu'on lui donne
le ciel respire comme un encens
la fumée des corps calcinés

quels dieux barbares honorons-nous
Odin a eu beaucoup d'enfants
ce sont clones qui nous ressemblent
nous le créâmes à notre image.

QUATCHI, SUMI…AND MIGA

por Pablo Salinas

"Just call me Quatchi. It's my favourite name…K, ou, ah, t, ch, ee. From the Bigfoot family", reclama, mientras pasamos en su minivan por una curva donde todavía se aprecian restos de un auto empotrado contra la fosa central de la autopista.

"Right, Quatchi. I wish I had a cool-sounding name too. I'm Manuel, from the…".

"No please, don't tell me no more. You know, I just lost Sumi…", se lamenta, y agrega que necesita urgentemente reemplazarlo para el entrenamiento de mascotas olímpicas. Luego continúa explicando el proceso que tiene memorizado en el manual de entrenamiento, enfatizando la importancia de representar a Quatchi, embajador mundial de las olimpiadas de Vancouver, pero yo me distraigo al reconocer pedazos rotos del parachoques, regados en la curva.

Después del accidente, me había jurado en vano no tomar ningún otro carpooling. Había sido mi segunda muerte. De niño, cuando me rescataron del mar con el vientre hinchado y la boca llena de algas, me habían pronosticado vivir, como los gatos, al menos siete vidas. Allí mismo en una orilla del Pacífico sudamericano, me habían encomendado al propio San Pedro, patrón de pescadores, pescador de hombres, como decían en mi pueblo: brazo derecho del mismo Papalindo. Lo que no habían precisado era la calidad de aquellas constantes resucitaciones. Los últimos meses de mi última resurrección, por ejemplo, después del terrible choque, había continuado viajando cuatrocientos kilómetros diarios desde Montreal a Ottawa, y viceversa. La vida se me había pasado dormitando en sucios Greyhounds o arrinconado en sofás de gente encontrada en los carpoolings que conocía de memoria.

El día del accidente, noté que la curva donde se incrustó el suburban no tenía siquiera nombre. Por eso, remarcando la enorme coincidencia de haber caído en esa zanja el 29 de agosto, la bauticé in situ como la curva de San Pedro mientras me arrastraba lejos del auto partido en dos mitades. Sin tener la misma suerte, el chofer había salido disparado por la ventana y llevado en helicóptero de regreso a Montreal. Cuando la policía comenzó a indagar sobre las causas del accidente, no pude encontrar ningún acontecimiento anormal para declarar, de manera que me llevaron hasta Ottawa y me dejaron en uno de sus innumerables hospicios para mendigos.

Sinceramente, además de lamentar la suerte del conductor, no quedaba mucho que decir, salvo que acostumbraba textear frecuentemente a sus potenciales pasajeros mientras conducía a más de 120 kilómetros

por hora. Debo reconocer además que el tipo no era un convencido de la utilidad del cinturón de seguridad. En cuanto a mí, la enfermera del hospicio, más ducha en agujas hipodérmicas que en contusiones, no reconoció ningún percance. Solamente horas después pude darme cuenta de que me había roto un hueso de la mano derecha, al tratar de desviar un letrero de slow down incrustado a milímetros de mi oreja derecha.

"Hey, what happened to your hand?", pregunta Quatchi, apoyando sus enormes pies peludos en el acelerador. No es que no lo hubiera notado antes, pero en ese momento tomo conciencia de que va disfrazado de una especie de monstruo marrón con auriculares azules.

"No big deal. I broke my hand a month ago. Be better soon".

"No, man, don't wait at all. I know somebody…".

No termina de comentar su amistad con alguien que pondrá término a todos mis problemas cuando desde la parte trasera del minivan aparece otra criatura de franela, un zombi pequeño y adormitado con un paquetito en la mano.

"Manuel, this is Miga. Miga, here…Manuel. We are all together once again. Ain't it fun?", dice Quatchi, satisfecho, sin mover sus gigantescos mitones blancos del timón.

"Finally we are…" responde Miga y me toca el hombro derecho en un extraño saludo similar al de las películas futuristas de los setenta. Intento responderle tocándole también el hombro, pero tengo una máscara de plástico sobre mi mano derecha, hasta que el hueso pegue completamente.

"Manuel, we didn't know you come all the way from Montreal every day. Holly mother of God!" Exclamó mi jefa al enterarse del accidente y mi ausencia en la semana final de exámenes. Holly mother of God!", repetía mientras me explicaba que no había aprobado el periodo de prueba en el trabajo. Holly mother of God!, exclamaba sin cesar mientras firmaba el rechazo a mi solicitud de permanencia. La frase vuelve a cada instante en mi memoria, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde ese momento.

"Hey, man, you there?", pregunta Miga, al tiempo que me libera de la cosa de plástico sobre mi mano. No necesito responderle porque ha comenzado también a desvestirme, vigilada atentamente por Quatchi desde el espejo retrovisor. Entre risas me resisto, pero Quatchi aclara sus verdaderas intenciones. Se han propuesto curarme definitivamente. No solamente de mi mano rota, sino también recuperarme para la vida que merezco. "It's like God, sending people, the right people, to us", confiesa Miga.

"You fit exactly for the role of little Sumi", me dice, mostrando una revista donde aparecen tres monstruos peludos. Uno de ellos, el más grande responde al nombre de Quatchi, a su lado una bestia más pequeña,

cornuda y de color verde, más un demonio que otra cosa, alado y brilloso, sostiene un pequeño letrero con la inscripción "I am Sumi". Finalmente otra figura exactamente igual a la criatura que me entrega un disfraz de franela, surge desde los anillos olímpicos de la foto, anunciando su nombre: "Miga".

"At least try it, Sumi. Miga a raison. It's like god sending us the right people at the right time", insiste Quatchi.

Cuando termino de probarme el disfraz estamos ya para llegar a Ottawa. Miga celebra y me besa en una mejilla. Quatchi protesta, afirmando que el beso tiene que ser sincronizado o no tiene ningún valor, ambos a la vez en cada mejilla. "It's our own version of Olympic kissing", señala.

"You got to be on drugs or something, kids. I am fourty already. I can't be this devil Sumi. I have come to Ottawa to pick up my personal belongings and go back to Montreal in the afternoon", explico.

"Alrite, you are fourty. So what, Sumi and Quatchi are ages old…thousands", responde Miga.

El minivan ingresa libremente a un callejón cercano a la explanada junto a la colina del Parlamento y comienzo a ver a una docena de otros Quatchis, Sumis y Migas. Algunos intentan conducir el tráfico, otros acompañan a los guardias con el uniforme tradicional de la policía montada, varios se frotan la nariz, gritando "eskimo kiss" y un par se han agarrado a puñetes detrás de los botes de basura.

"We still have time", dice Miga, recordando a Quatchi la necesidad de comenzar el ritual de mi introducción al trio. Apenas nos estacionamos ambos se acercan a besarme y yo los rechazo, esta vez más seriamente, comenzando a quitarme el disfraz.

"Please, Sumi, we are dead without you. I know you don't have anywhere else to go. You said it yourself. En plus, if we finish our training today, right after, we will be on our way to Vancouver…Vancouver, man", comenta Quatchi, desesperado.

"We could go pick up your stuff from your office and put it in the van so you won't lose nothing", agrega Miga, juntando ambas palmas de la manos en señal de oración.

Al rato, los tres nos embarcamos camino a la universidad a recoger mis cosas.

"It's god will" susurra Miga mientras subimos al minivan.

Un cuarto de hora hora después, entramos a las oficinas de la universidad para sorpresa de los cientos de alumnos que corren entre el cambio de clases y la de algunos profesores en procesión detrás de sus tazas de café. Al parecer es la primera vez que Quatchi, Miga y Sumi entran al campus porque nuestro ingreso ha propiciado el retraso de ciertas clases y la creación de un pequeño grupo de seguidores que suben con nosotros hasta el tercer piso donde se encuentra mi ex oficina.

Allí encuentro intacta una ruma de viejas fotocopias y una tarjeta de mis compañeros deseándome lo mejor en mi futuro laboral. Quatchi se encarga de las cajas más grandes y Miga de tomarse algunas fotos con los estudiantes y hasta un miembro del personal de seguridad en el camino de regreso a la minivan. Gracias a Dios no he tenido que despedirme personalmente de nadie. El horario de nuestro ingreso ha sido tan preciso y de corta duración como la tarjeta de despedida, de cuyas mejores hojas se ha apoderado Miga para completar el ritual de mi inclusión al grupo.

Con los primeros rayos de la luna, partimos rumbo a Vancouver, a más de cuatro mil kilómetros al oeste. "Hey, Sumi, buckel up, man!", reclama Quatchi, insistiendo en la necesidad de llegar vivos a Vancouver. "I do not want to lose you again".

Se refiere seguramente al Sumi que han perdido y en el que de alguna manera me he convertido, sin dejar de ser una nueva versión del Manuel escapado de la muerte en la curva de San Pedro. Tenían tanta razón aquellos pescadores de mi pueblo, al predecir el futuro de todo el mundo, menos el de ellos mismos. A ellos me estoy acercando cada vez que las patas peludas de Quatchi aceleran rumbo al Océano Pacífico.

Conducimos toda la noche hasta una colina antes de llegar a Sault Ste. Marie. Allí nos detenemos para completar el ritual. Tirado sobre la hierba, de cara al cielo, espero las primeras luces del amanecer. A mi lado Quatchi y Miga comienzan a hacer el amor. Es la primera vez que los veo completamente fuera de sus falsos disfraces (recibiremos los oficiales en Vancouver), pero todavía puedo distinguirlos en la oscuridad. Son realmente Quatchi y Miga, más que esos trajes peludos, criaturas mitológicas.

"It's God's will", me confiesa una vez más Miga, interrumpiendo por un momento su labor. Pero yo no le hago caso. Frente a mí se han detenido decenas de miles de espectadores, saludando cada uno de mis movimientos. Cámaras de televisión, luces de todos los colores, globos gigantescos y cientos de niños se abalanzan para tocar mis alas verdes. Totems de hielo inclinan sus brazos hacia mí y un enjambre de patinadoras pasan silbando por mi oreja hasta perderse debajo de las tribunas de un estadio blanco. Levanto mi mano para protegerme y un letrero de metal me rompe el metatarso. Holly mother of God!", exclama mi jefa. "You are really resilient. Holly mother of God! I know what you have been through. I guess we will have to turn your temp job into a permanent one. Holly mother of God!, Manuel".

Minutos antes de amanecer, la cabeza de Quatchi rueda pesadamente varios metros por la colina y los pelos rosados de su cara se llenan de hojas de arce y barro. "I guess we've just lost Quatchi now", comenta Miga, riendo de buena gana. "Maybe I have another one in the trunk".--

DIOS ESPERABA MÁS DE MÍ (Y YO DE ÉL)

por Ramón de Elía

En la antesala pude ver mis pies flotando sobre un suelo inexistente. Debía esperar allí, en ese desdichado vacío conceptual y geométrico, la apertura de ese gran portal que me daría la más temida de las noticias (temida, al menos, cuando luego de mucho descreer uno se encuentra de repente flotando y esperando a su verdugo). No sabía si Dios o su representante haría un balance positivo de mi opaca vida, o si por el contrario, su voz de trueno me enviaría para siempre a las llamas del Averno. ¿Cómo saberlo?

Un ciudadano que obedezca las leyes escritas y las tácitas es lo que todo estado desea; es el hombre perfecto al que cada tanto un agente de policía le da una cálida palmadita en la espalda. Y ése soy yo: orgulloso de cruzar la calle solo cuando la luz semafórica lo permite e intransigente con los que no transforman su basura en diversas materias reutilizables.

Es cierto que me cuesta creer que quien ha hecho del heroísmo la norma – el Dios de Abraham, el de Moisés, el de David– se satisfaga con lo que yo represento. ¿Pero enviar al infierno a un ciudadano ejemplar no sería demasiado? De estar yo en su lugar – y digo esto consciente del tamaño de la suposición– me enviaría a mí y a mis iguales a una suerte de infierno no ardiente: me alcanzaría con vivir con vecinos vulgares y ruidosos para arruinar el resto de mi eternidad. No hace falta el temblar y el rechinar de dientes; yo y tantos otros sucumbimos con cualquier desvío de la rutina, con un corte en el agua caliente, con una nevada excesiva, con la acelerada caída del cabello, con la víspera de una visita no deseada, con sólo oler un hospital, con un viaje en ascensor con nuestro jefe.

Que me envíe al infierno sería como matar un mosquito con un cañonazo, como incendiar Roma para desalojar de allí a un solo pagano (claramente opuesto a la voluntad de Jehová, que aceptó no destruir Sodoma si encontraba al menos diez hombres justos). Sería, es más, anti económico. ¿Consumir tanta energía para extinguir mi pequeña alma?

No hay duda de que este juicio me ha llegado demasiado tempranamente; si hubo advertencias previas, clamo mi inocencia, éstas no fueron ni suficientes ni cristalinas. Uno sabía lo que enojaba a sus padres; uno sabía si tenía que entrar cabizbajo a la habitación tan temida. Pero aquí, en esta antesala sin techo y piso abierto a un infinito opaco, no sé todavía qué debo esperarme. El asesino ya sabe que tiene que ir haciéndose a la idea del fuego eterno. Pero yo, una simple víctima de lecturas desafortunadas, de ilusiones gigantescas estimuladas por noches de los Oscar pasadas en vela ¿qué debo esperar? Si algo queda de mi espíritu de rebeldía lo usaré para defenderme, y para desgranar mi cuasi-irrefutable línea argumental: Señor, hice de cuenta como que no estaba; me hice a un costado, dejé al mundo evolucionar sin obstaculizarlo. ¿Es eso un pecado? Si yo soy un pecador, también lo

será el espacio vacío, inodoro e incoloro que sin embargo allí está, dando lugar a nuestra existencia (como bien dijo Kant: antes de la cosa debe estar el espacio para ser ocupado por la cosa). Pero ante la duda, lo más prudente es no existir o hacerlo apenas. En la parábola de los talentos salí hecho: me dieron uno y devolví uno. Hay una cierta satisfacción en el no caer ni en el derroche ni en la avaricia.

Mientras espero la apertura del gran portal recuerdo aquella frase de Dante: "el lugar más caliente del infierno está reservado para aquellos que, en tiempos de crisis moral, mantienen su neutralidad." Que, claro, no es otra cosa que una mejorada versión de aquella del Apocalipsis: "A los tibios los escupiré de mi boca." Contra semejante jurisprudencia me parece poco lúcido discutir, pero sin duda hay también algo de cristiano, o al menos de decente, en resistirse a tomar una posición que uno no sostiene, en votar en blanco manteniendo sus principios.

Pero tampoco puedo hacer gala de esto que acabo de describir, sino más bien de haber tomado posición y haberla callado en público (voté, pero no dije por quién). Creo que esto sí me condena sin atenuantes. Pero claro, si hubiera abierto la boca para pronunciarme, mi falta de autoridad moral sumaría cero ventaja a la causa de Dios. ¿Para qué querría entonces tenerme de su lado? Como si en la democracia la historia fuera a cambiar porque uno deje de votar (en la democracia uno no elige al gobierno: lo elige esa multitud que son los demás).

Ahora, suspendido de este invisible techo, me replanteo todo lo vivido y dejo mi mente sumergirse en mi historia. Pero finalmente tanta gravedad, tanto penoso recuerdo, me termina distrayendo: hasta en la víspera del juicio final uno termina aburrido del ahogo de la angustia. Y si hubiera habido revistas de moda en una mesa ratona sin duda hubiera manoteado una.

Pero finalmente se anuncia mi nombre y luego de sorprenderme y volver en mí ensayé una caminata, ingrávido, a través del portal que se había abierto para recibirme. No estaba solo; éramos cientos de cuerpos flotantes provenientes de todas direcciones acercándonos a una luz potente y ubicua ("y de un color desconocido" hubiera agregado si en este punto de mi existencia lo novedoso todavía despertara curiosidad). Sin ningún preámbulo y sin explicación alguna, la gran voz que todos esperábamos tronó y se pronunció en medio del silencio. Sentí, desde la primera frase, un dejo de desprecio de su parte. Si al menos se hubiera expresado en singular.

Ustedes están más allá de todo castigo. No han sabido ni seguirme ni perseguirme. Les faltó convicción, que es lo mismo que decir que ustedes no han aceptado la libertad. El goce del paraíso o el dolor del infierno no es para ustedes. Pero ustedes bien saben –más que cualquier otro, agregaría– que no hay paraíso sin sirvientes, ni infierno sin esclavos cuidando que las llamas no se extingan. Ustedes contribuirán en esta digna tarea, eternamente.

Eternamente.

Uno espera de Dios un discurso inapelable, pero este me había dejado sobretodo pasmado por la falta de rigor lógico. Abraham habrá seguramente escuchado cosas semejantes, pero nosotros hace años que esperamos de un ser todopoderoso –quizás desde Tomás de Aquino–, una montaña inerte de coherencia (qué sorpresa se habrá llevado el Doctor Angelicus cuando se encontró cara a cara con este Dios vociferante). El que me acaba de sentenciar es terminante y de poco vuelo filosófico (me recuerda, extrañamente, a mi profesor de gimnasia). Me hubiera gustado responderle que precisamente los que tienen convicciones son los que no son libres, y que la libertad está en la hesitación. Hesitar tanto que toda opción termine pareciendo absurda, pero probable.

Luego de vanamente someterme a estas elucubraciones – y si fueron vanas durante toda mi vida, ¿por qué no serían vanas ahora? – recibí de unas manos etéreas algo parecido a una simple pala de metal. Instantes después seres alados me condujeron a través de varias puertas y laberinticos pasillos. Tenía la impresión de que esta marcha era innecesaria, uno podía fácilmente conjeturar que en este lugar las distancias tenían más sentido ético que geográfico. A esta altura ya estaba solo, la masa de penitentes se había diluido en las innumerables bifurcaciones.

De repente me encontré delante de una puerta (a la que Dios, si fuera justo, no debería haberme condenado desde que fui concebido). Al abrir el grueso y pesado portón encontré un salón rojizo donde reinaba el calor y la incomodidad. Debía – así lo dijo el ángel de la guarda– sistemáticamente, repetidamente y eternamente poner carbón en aquella gran caldera.

No escuchaba gritos ni se percibían allí huellas de pesares, pero sospeché que me encontraba en las bambalinas del infierno. Ante esta sugerencia de mi parte, el ángel se negó a responder y lentamente cerró la puerta para siempre.

Luego de varios siglos de levantar carbón y echarlo de un golpe seco en esa garganta negra, luego de siglos de no pensar en nada, de repente concebí que mi labor podía ser otra cosa que la que había sospechado en aquellos remotos primeros minutos. Me dije, casi en un estado de recuperada euforia, que fuego y calor también se necesitan para hornear un sabroso pan o para templar las aguas termales de las que gozan los residentes del Paraíso.

Si mi tarea era la base de aromática repostería o de desgarradoras llagas infligidas por el fuego, no había manera a esta altura de saberlo. Y tampoco mi personalidad me predisponía a inclinarme por una de las opciones. La euforia quizás me venía simplemente por haber recuperado el olvidado pinchazo de la duda y esperaba como siempre que esta fuera transitoria. Ésta pronto perdió su esplendor original: ser esclavo en el Paraíso o verdugo en el Infierno se remitía, desde mi incómodo ajetreo, a exactamente lo mismo. Desde entonces hubo tardes en que recuperé el olvidado aroma del pan casero, y noches en que creí escuchar horribles alaridos.--

RUNKURANQAY

por Hugh Hazelton

colibríes beben de las flores
santuario inca
puesto en el centro
de un valle que se extiende
picos que se encorvan
desde la selva
hacia la nieve
las montañas, el agua, el aire mismo
súbitamente se derrumban
moléculas se desgarran
giran por embudos de tiempo
sustancia que vuelve
a la fuente única
la última
partícula
diferenciada
vuelta
al caos
se invierte
estalla otra vez
materia
que vuela
se rehace
en nuevas
configuraciones
otras montañas, atmósferas, seres
universo latiendo
corazón
un nervio trasmitiendo
mundo y ser
mundo y ser
mundo y ser
igual
igual
igual

LA PARTÍCULA DE DIOS

por Pablo Urbanyi

"Estamos en aquello de lo conocido,
lo que conocemos que desconocemos
y lo que desconocemos que desconocemos."
Brian Schmidt, astrónomo

"Dicho clara y brevemente:
sólo sé que no sé nada."
Sócrates

La cita para la entrevista fue previa: a las tres de la tarde, el periodista (talentoso) se presentó ante el astrofísico doctor Carlos Varsavsky, quien, desde el observatorio del Monte Palomar, en donde buscó vida extraterrestre y el origen de la materia o la existencia de Dios, en un vuelo estelar, aterrizó en una lujosa oficina de un edificio del sexto piso de la avenida Diagonal Norte a cargo de la dirección de la empresa AUNAR.

El periodista (talentoso) iba muy contento. Como había descubierto que gracias al dogmatismo del marketing se puede ser simultáneamente un Gran Escritor, un tonto y un tránsfuga [véase Detrás de las bambalinas(1)], antes de entrevistar a los personajes les solía hacer un pequeño test de inteligencia, en el que el doctor Varsavsky salió triunfante: consideró el viaje a la luna una estupidez y aceptó la idea de que un gran científico puede ser tonto.

Encontró al astrofísico en un amplio despacho con aire acondicionado; en lugar de estar sentado de espaldas a una pared, se enfrentaba a un ventanal que daba sobre Diagonal Norte, en un sillón de cuero articulable en todas las direcciones, direcciones que sólo se pueden ver si estamos mirándolas sentados arriba del Universo.

El periodista (talentoso) se había preparado muy bien para la entrevista, sabía hacer hablar a su cliente para que, sin recordar su preparación, sus preguntas parecieran inteligentes. Por otra parte, las que le hizo eran vox populi, y con un pequeño esfuerzo, hasta doña María las hubiera podido hacer: ¿existe vida extraterrestre? (ésta era una de las especialidades del astrofísico); ¿existen los OVNIS? (quizás doña María habría dicho "esas cosas que andan volando y que mi marido ve claritas después de una botella de tinto"); ¿qué son los rayos cósmicos? Pero el doctor Varsavsky tenía otras especialidades, como la astrofísica, sobre la que trabajó en Monte Palomar, lugar que abandonó por ese despacho con aire acondicionado. La pregunta fue tan obvia que hasta el periodista (talentoso) la pudo formular:

–¿Y cómo fue que dejó un lugar tan importante por este despacho sobre el que, vamos, no me dijo cosas muy halagadoras?

–Es verdad, pero estar ocho horas en este despacho me permitió comprar una chacrita en la que, dos o tres veces por semana, en vez

de contar las estrellas y medir el tamaño del universo, cosas imposibles, cuento cuántos huevos pusieron las gallinas y la altura de los árboles que planté. Cosas sólidas y reales.

–¿Contar huevos fue la única razón?

Se rió:

–No, la verdad es que no. Hubo más importantes. Siguiendo con la problemática de los huevos –qué fue primero, el huevo o la gallina–, fui a Monte Palomar para resolver un problema parecido, tal vez herético: ¿qué fue primero, el Universo o Dios? En otras palabras, si Dios existe, la respuesta es muy fácil: Él creó el Universo. Pero, ¿y de dónde viene Dios? O viceversa, si no creo en Él, ¿de dónde viene el Universo, mejor dicho, la materia que lo forma y modela?

–¿Y encontró la respuesta?

–No, y me di cuenta de que no la encontraría jamás. Por eso dejé Monte Palomar, un lugar frío, para mudarme a éste.

–Perdón, no me queda claro.

–Decir Dios, Universo o materia es exactamente lo mismo. ¿En dónde y cuándo se originaron? Desgraciadamente la mente del ser humano, a pesar de haberla inventado, no puede concebir e incorporar palabras como "eternidad o infinito", palabras que serían las respuestas más certeras. Y quedarme ahí hubiera sido ser el perro que quiere morderse la cola. Mientras no expliquen el origen de la materia, nunca explicarán nada. Para describir el interior del átomo, los cálculos matemáticos son casi teológicos o místicos. Y aunque logren descubrir de qué o cómo está formada la materia, y a la última partícula la llamen "partícula de Dios", como ya lo llaman, siempre quedará el problema del origen.

–¿Y el Big Bang?

–Ahí está, otra estupidez. ¿Y de dónde vino la materia para la posibilidad del Big Bang? Digamos que el vocablo tiene más sonido a la manía de la grandeza norteamericana que a verdad. Por la separación de las galaxias a distancias y a velocidades increíbles nos vemos obligados a dudar de la existencia del Big Bang, que sostiene que todo volverá a contraerse y a explotar de nuevo. Llegarán a estar tan lejos de nosotros que su luz no logrará alcanzarnos. Se verá un cielo con estrellas, las de la galaxia Andrómeda en la que estamos, pero no las otras galaxias. Claro que el cielo va a estar más despoblado y estaremos mucho más solos de lo que ya estamos. De todas formas no perdí la fe: mi Biblia es la novela El hacedor de estrellas y, en mi chacra, cuando la Vía Láctea está en su plenitud, trato de leer el futuro en el cielo luminoso.

Por el profundo suspiro que escuchó, el periodista (talentoso), sin haber comprendido gran cosa, comprendió claramente que la entrevista se había terminado. --

(1) Ver la nota en http://pablo-urbanyi.org/blog/ sección Diario.

DIOS: ¿SERÁ?

por Rodolfo Pino-Robles

La mañana corría solita y aburrida, como toda mañana de domingo. Esperaba la llegada de un amigo –compañero de clase- que venía a visitarme. La mañana se apuró y el mediodía se venía como angustiado. Germán y yo bordábamos los catorce años y éramos muy amigos. Las partidas de ajedrez nos consumían varias horas que mis hermanas no lograban comprender. Mi amigo llegó a eso de las once y media. Saludó a mamá, mis hermanas y mi abuela quien le preguntó si ya había ido a misa.

Germán apresuró la respuesta: "No señora, yo ya soy grande y no creo en Dios". Mi apasionadamente católica abuela lo miró detenidamente de arriba abajo y lo increpó: "¿Qué edad tienes muchacho? "Casi catorce" respondió Germán casi, casi molesto y fijando sus ojos no en mi abuela, pero la pared de enfrente. La abuela solo movió la cabeza de izquierda a derecha a modo de reprobación, pero no añadió nada más.

La mañana sucumbía al medio día, el cielo se tornaba de un color rojizo y los sonidos se hacían más retumbantes. Los perros ladraban casi como con ecos iguales al relincho de los caballos de reparto de pan de la panadería vecina a nuestra pocilga. De repente, como de costumbre, la tierra comienza a zumbar y a removerse. Como todo terremoto, eterno. Uno nunca sabe dónde sería el epicentro. Tampoco se preocupa uno de saber qué tipo de movimiento es, si vertical u horizontal… El miedo se apodera de todo el cuerpo y el sentir de las personas. Todos corrimos al patio por si la choza se caía. De repente Germán se inca frente a mi abuela y como implorando le llora: "Sí, señora, si creo que dios existe. Le prometo que si voy a la misa de las siete…"

La frase y el momento se pegaron a mi memoria y a mi ser. ¿Será que los humanos creemos en un creador o creadora solo cuando estamos en apuros? --

una esfera blanca en el cielo radiografiado

sube encima de

siluetas de plantas gigantescas

el río

suspende su voz

frente al fuego

sobre la ribera de guijarros

el pensamiento humano

se queda en blanco

por un momento

Hugh Hazelton

LA PRIMERA PIEZA

por Gabriela Etcheverry

Extracto de la novela *Guayacán: tesoro y lujuria*

Le llamábamos "la primera pieza" aunque en rigor eran dos las primeras. El largo corredor que se iba ensanchando desde la puerta de calle tenía habitaciones a ambos lados, salvo la solitaria cocina donde remataba la casa y empezaba el patio. Quizás merecía nombre porque, además de servir para todo tipo de casos y cosas excepcionales, era la salita donde se recibían las visitas. Si había que morir o estar enfermo, la primera pieza era el lugar indicado. Ahí recluyeron a mi hermana mayor cuando estuvo enferma de tifus y se la mantenía en la penumbra. Mamá nos prohibió entrar y solo ella llevaba y sacaba los utensilios que después desinfectaba con agua hirviendo. Mi primera pelea con la muerte sucedió ahí también, así como un par de muertes reales antes de mi tiempo. A la tía que maltrataba el marido y que dejó huérfanos a una chorrera de niños pequeños le echaron cal viva en la boca para que no apestara antes del entierro. Así y todo, mejor suerte tuvo que su hermana. Nunca se sabrá si estaba bien muerta cuando la encajonaron. Los períodos en que quedaba cataléptica se hacían cada vez más frecuentes y más prolongados. El último duró casi una semana y cuando por fin llamaron al hombre que oficiaba de médico, él la miró, la tocó, y expidió el certificado de defunción. Fue el estruendo del cajón en la mitad de la noche lo que hizo que mi madre se quedara para siempre con el retintín de que la habían enterrado viva.

Era la pieza de las palizas que mi madre le daba a mi hermano mayor cuando llegaba tarde y con señas de haber bebido. Lo esperaba con un palo detrás de la puerta de calle, lo hacía pasar directamente a la salita, como si hubiera sido una visita, y ahí le daba la paliza del siglo. Una de mis hermanas también probó ese rigor por una nadería, realmente una broma. Un amigo pasaba por la calle cerca de la ventana y ella, sin levantar el visillo, le lanzó un sonoro beso con el afán de desconcertarlo. Para mal de sus pecados, mamá entraba en el mismo instante a la habitación. "Provocando a los hombres", masculló con la cara demudada donde la ira iba subiendo en torrentes y sálvense quién pueda del derrame de esa lava en ebullición. Se armó del primer objeto que encontró a mano y, vacía de otro sentimiento y expresión que no fuera la furia, empezó a darle en la cabeza y en el cuerpo, por donde cayera su potente brazo. Mi hermana, apenas una adolescente, no tuvo tiempo de procesar eso de "provocando a los hombres" y abrumada por el terror y por los golpes se desmayó, cosa frecuente en ella, pero la mujer caritativa que era mi madre en la vida diaria, que nos enseñaba con palabras y con su ejemplo las virtudes de la compasión, había sido suplantada por otra, una desconocida posesionada por la máscara de violencia heredada de su padre y, ¿algo más? ¿Qué vio realmente en el momento en que levantó a su hija del pelo como si hubiera sido una muñeca de trapo y le siguió dando? Bocas gesticulando, miradas acusadoras, dedos apuntándola: "Fue ella la que me provocó", "la culpa es tuya", "tú lo provocaste". Como dicen los que saben, la ira enceguece, y lo más probable es que no viera nada.

A diferencia del resto de la casa, la primera pieza era un lugar de tranquilidad y silencio. Tratábamos de mantenerla ordenada y en lo posible bonita y con flores. Mi lugar favorito para hacer tareas. En eso estaba un

día cuando sentí que se abría la puerta de calle y vi pasar a mi padre sin saludar a nadie, como de costumbre. Salí al pasillo y lo llamé, "¡Papá!" Nada. Siguió caminando sin alterar el paso. "¡Papá!", grité un poco más fuerte aunque no tenía nada que decirle ni nada que preguntarle, quizás una vaga esperanza de que acusara recibo de mi presencia. Nunca tuve deseos de abrirlo a cincelazos para ver lo que tenía dentro. Una casa bonita con el mejor piano que se pudiera encontrar, ¿flores?, no sé, de seguro una buena biblioteca con sillones cómodos, ¿niños?, quién va a querer escuchar esos gritos destemplados, llantos ajenos a toda música, deberían ponerlos en casas especiales a cargo de domadores, ¿mujeres?, sin lugar a dudas, una al lado de él acompañándolo en la lectura, tocando a veces a cuatro manos con él, riéndose con esa complicidad secreta de los seres que se conocen íntimamente y disfrutan de las mismas cosas, quizás otra lejos de casa donde él pudiera ir de visita con la seguridad de poder volver a la placentera tranquilidad del hogar. En la cocina habría una jovencita que a la hora de servirle se pondría su uniforme. "Cuando encuentre el tesoro voy a hacer un fogón en el patio usando nada más que billetes hasta que hierva el agua" y el té, que era su pasión, se lo serviría esa mujer de uniforme: nada más que un pequeño delantal blanco redondo en un cuerpo totalmente desnudo. De espaldas seguía siendo tan grácil como en su juventud. Todavía conservaba su cabellera que pasó del castaño claro al blanco cuando todavía era muy joven. Se detuvo al final del pasillo donde estaba el piano y se dio vuelta hacia mí. Ni aun haciendo esfuerzos habría podido yo odiar o despreciar esos ojos amarillo-verdosos, esos labios delgados que sin jamás haberme besado les conocía el sabor porque de ellos salían las barbaridades más grandes que puede escuchar una niña. Su figura fina y la exquisita sonoridad de su voz hacían imposible alterar la belleza de su rostro. "¿Qué edad tienes?" preguntó. "Quince", le dije. "¿Por qué me llamas papá entonces? Ya eres persona. Las personas no tienen padres". Volví a mi tarea con la sensación de que algo importante había pasado. Un par de semanas después, cuando él se paseaba enfurecido por la casa buscando una peineta y hablando en contra de "estos niños que todo botan, todo destruyen, todo pierden", empecé a sospechar que eso de ser persona podría tener sus ventajas. Su cantinela repetida de diversas formas y siempre en un tono del mayor desprecio por "esos niños" me hizo perder la concentración y salí al pasillo. De nuevo estábamos frente a frente y a la misma distancia que la vez anterior. Él, esperanzado quizás de que yo le ayudara en su búsqueda; yo, sin ninguna idea de por qué había salido. "¿Cuándo fue la última vez que usted compró una peineta?" le pregunté. "Cuando sea usted el que la compre, puede gritar todo lo que quiera si no la encuentra". Se quedó callado para mi gran sorpresa —o desilusión. Mi cuerpo era una cuerda tensa y mi cara tenía la tranquilidad sospechosa de las aguas mansas. ¿No me consideraba una oponente digna? Tres años más tarde, de regreso a casa para las vacaciones después de mi primer año en Santiago, él empezó a rondar por el lado afuera de la ventana de la cocina. Yo estaba dentro secando los platos. Finalmente se decidió a hablarme, aunque en forma oblicua, sin expresar lo que realmente quería decir. Era evidente que estaba luchando con la idea de volver a la iglesia de donde lo habían echado por concupiscencia, lujuria y quién sabe qué otros pecados de la carne. ¿Realmente buscaba mi opinión, quería mi beneplácito? Puede que me viera más allá de lo que yo realmente era, solo por el hecho de haber salido de casa y haber llegado a la universidad. En todo caso, yo iba en sentido contrario en esos días, alejándome de la religión y no supe qué decirle. No estaba acostumbrada a que me hablara en forma normal y me faltaba mucho todavía para ser persona.--

CIUDADES QUE DAN AL MAR

por Julio Torres-Recinos

Los romanos levantaron
sus ciudades frente la mar:
Tarragona, Alicante,
Valencia, más tantas
otras que dan al mar
y al transparente infinito.
Las levantaron frente al mar,
intuyendo quizá
la eternidad
o un instante en ella
que les diera una esperanza,
que les hiciera creer,
que les hiciera pensar
que se puede burlar
el rencor del tiempo
y sus manotadas de borracho.
Frente al mar levantaron
sus ciudades
llenas de sol
para engañarse,
y adoraron la belleza,
el mármol y el cuerpo,
se aferraron
al instante de la vida
construyendo puentes,
creyendo que siempre
será mañana o mediodía,
que la rueda siempre
estará arriba,
que el umbral del ocaso y del olvido
nunca se habrá de atravesar.

TIENTOS

por Ángel Mota Berriozábal

I

En ese cuerpo contenido
en el ojo del agua,
mueve su cara la naranja,
la rama desnuda
y un eco del cielo.

II
Un silencio sube
y baja
por un hilado
abierto, boca abajo.
El silencio
mira la eternidad
y sonríe,
se hiela
en un pequeño esfuerzo
que culmina en la nada.

Y después,
cuando el sol es abismo
su rostro
se levanta y la boca sitia
los rasguños de la madrugada.

III
El día,
posado a la sombra
de la piedra,
yergue sus alas
sobre el claro goteo
de la eternidad.

IV
Despacio, el hielo
suaviza la calle
y la divaga
por el tiempo.

La sujeto trémulo
y encuentro
un eco de mi cuerpo.

V
Junto
a esa luz adormecida
estalla el cielo
como un copo.

En desuso
se asienta
sobre las faldas de la cerca:
esa cara de madera vieja
que quebranta el ir y venir de las nubes,
esa cara de la luz
que auxilia
el suave crepúsculo del faro.

Así se desmenuza el cielo
anidando el invierno
en el sumo principio
de mi mirada,
momento tras momento
movimiento tras movimiento.

VI
Absorto, como la canora clemencia
de aves desvencijadas, veloces como peces
que ya nadan, ya vuelan
en la orgía de su reflejo, entreveo los álamos,
voy a un río tímido y sobrepaso la vastedad
del domo del universo.
Grito como copo de flor, como fauno que sobrevive
al epílogo de un árbol y al ahogo tedioso,
y al temor memórico de ser nada.

ELEMENTAL

PREDILECCIÓN

por Ihosvany Hernández González

puede que (esta tarde) la vida traiga algo consigo / (de alguna forma lo he soñado en el agujero
del dia)
puede que obtenga una encomienda a tiempo
alguna una cuenta por saldar con el intruso / el aspirante a Caín / admiración en el contrario
un camino a recorrer desde el instinto que domina al verso
hablo de quien injerta flechas a quien lo escucha / vida de otros en la vida de uno /
íntegro el silencio en las armas del elegido
el que piensa la palabra como un elemento en la necesidad de sobrevivir
ante la belleza más elemental o transitoria.

puede que esta tarde la vida ofrezca la fortuna de conocernos en la proximidad de un verso
ahora que escribo para advertir de la existencia del otro lado de la realidad
hablo de un pez
y sueño sus escamas sobre la franja que divide la tierra en la plenitud
de una página imprevista.

puede que esta misma tarde no haga falta la sombra que se empeña en derruir la astucia
(todo amor caduca cuando se limita su miseria / todo mar penetra en la igualdad de los mortales)
la perseverancia en la estructura ayuda a su forma, y su espontaneidad
ayuda en la perennidad de las cosas que interesan
doblegándose en el tiempo.

puede que la vida me ofrezca una nueva posibilidad
petición que invoco esta única tarde como si creyera en el mundo y sus probabilidades
puede que todo ocurra cuando escribo
cuando otras lecturas se dan
dentro de este mismo ínfimo universo que alimentas.

LOS REMITENTES

por Diego Creimer

Con el caballo cansado, tras varios meses de trabajar en cualquier cosa que me permitiera pagar mi alquiler, decidí volver a la radio internacional. En buena hora : son tiempos de renacimiento para la onda corta. El espíritu herziano y la fiebre de comunicación entre los pueblos no ha muerto. Eso es lo que decretó el nuevo director de la emisora, y agregó que no escatimaría esfuerzos ni recursos "para que la realidad se adaptara a su visión".

Muchas cosas cambiaron en la radio en estos dos años que pasé afuera, ejerciendo las variantes más extrañas de esta profesión para sobrevivir como periodista en un país cuyas lenguas no son las mías. Para comenzar, el presupuesto bajó drásticamente, pero el número de empleados aumentó gracias al departamento de Proyectos Especiales, donde hoy se ensayan los modelos más improbables de la radio del futuro, en una especie de frenesí de ecuaciones con dos y tres variantes, un álgebra no-lineal de lo desconocido y lo impracticable.

En segundo lugar, las antenas de transmisión en onda corta fueron desactivadas y vendidas como chatarra, por lo cual los estudios de la radio están simplemente conectados a sí mismos y a un sistema de grabación. La novedad de hacer emisiones que no se emiten fue presentada por los administradores como "una revolucionaria forma de ahorrar en infraestructura que nos permitirá, al mismo tiempo, valorizar nuestro trabajo a través de una autoescucha crítica".

Finalmente, se derogó la obligación de producir material original y variado. Desde hace unos meses, todos los periodistas tienen la posibilidad, si así lo prefieren, de presentar el mismo reportaje cada dos semanas, siempre y cuando hayan agregado o cambiado alguna información, por mínima que ésta sea. Con ese criterio, se considera que no es lo mismo hablar de "la llegada del hombre a la Luna" que de "la llegada de los astronautas a la Luna", ya que en el primer caso la palabra "hombre" denota un enfoque antropológico, mientras que en el segundo la palabra "astronauta" indica una óptica técnica y profesional. Parecen cambios irrelevantes, lo sé, pero en esta profesión el lenguaje lo es todo.

No me costó adaptarme a las nuevas condiciones de trabajo y al cabo de unas semanas llegué a adherir a ellas con fervor. Lo más importante es que había vuelto a mi escritorio, a mi sueldo de antes y al compañerismo cordial que tanto me faltaba. La vida volvía a sonreírme. Mis reportajes recibían críticas entusiastas de mis colegas y hasta de los técnicos.

Estaba entrando en un periodo de inspiración y creatividad cuando nos llegó la mala noticia: desde que se habían vendido las antenas, el número de radioescuchas en el mundo había caído un 100%. "No es tanto",

pensé, "a otros les ha ido peor". En la fatídica reunión en la que el director hizo el anuncio, yo me atreví a levantar la mano y pregunté:

–¿No tendrá algo que ver con el hecho de que no estamos más al aire? Si al menos estuviéramos en Internet...

Por toda respuesta recibí la mirada condenatoria de mis colegas. El director continuó:

–Emprendimos el camino del cambio y la experimentación, y no podemos dar marcha atrás. Internet, según nuestros estudios, ya es cosa del pasado. Además, no hay presupuesto para emitir. ¿Qué prefieren? ¿Cobrar sus sueldos o salir al aire?

Silencio en la sala. De pronto, el delegado sindical gritó con emoción:

–Siempre y cuando se respete nuestro mandato y nuestra convención colectiva, poco importa que no haya oyentes.

El director sonrió, creando así un suspenso inesperado:

–Yo sé que la ausencia total de público puede ser un duro golpe para algunos nostálgicos. A no desesperar: ya encontramos una solución.

El director hizo una seña a un técnico y las luces se apagaron. La pantalla de hule brilló bajo los rayos del proyector. Un mapa de la Tierra apareció nítidamente:

–Si no tenemos más oyentes, los crearemos. Hemos calculado que sale mucho más barato inventar oyentes que volver a salir al aire. Por eso, a partir del próximo mes, todos ustedes tendrán la obligación de viajar tres veces por año a un país de su elección. Desde allí enviarán una carta o un correo electrónico, una foto o una postal, elogiando la calidad de nuestros programas, el prestigio de nuestra radio y, por qué no, solicitando algún regalo o souvenir. Al mismo tiempo aprovecharán esos viajes para grabar algún reportaje que luego será editado en nuestras instalaciones, copiado en disco compacto, autoemitido en nuestros estudios y elogiado por otro periodista / oyente en un viaje subsiguiente. ¿Está claro?

La masa de empleados asintió en silencio. Todos se miraron con un brillo en los ojos que apenas podía disimular su excitación.

–Finalmente –dijo el director– el sindicato nos pidió que creáramos una nueva categoría de empleo con un sueldo acorde. La nueva monografía instaura el cargo de "periodista / oyente / corresponsal extranjero", al cual todos acceden inmediatamente según las disposiciones que acabo de firmar.

La reunión se coronó con un aplauso y, para sorpresa de todos, con un brindis. Como en los buenos viejos tiempos.

Unos meses más tarde empezaron a llegar cartas desde los cinco continentes. Mis colegas hicieron gala de una imaginación formidable a la hora de inventar nombres de remitentes, caligrafías y lugares remotos. El Comité de Patrimonio, del cual depende nuestra institución, nos felicitó por el "aumento exponencial del ráting".

Fue así que nuestra radio recuperó su merecido lugar en el mundo.--

MARGINALIA

EN LÍNEA:

Nuevo sitio en Internet: http://www.apostlesreview.org/
Clave para acceder al contenido: **judas**
Nuestro correo electrónico: apostlesreview@gmail.com

The Apostles Review
Número 13 – Invierno 2013/14
ISSN 1918-087X
ISBN 978-0-9881031-5-3